

AYTO. DE VÍCAR (Almería)
Centro Municipal de Información a la Mujer
REGISTRO DE ENTRADA
Núm.: 08
Fecha: 17/02/2020

XXIII CERTAMEN LITERARIO "MUJER Y LITERATURA"

RELATO CORTO

¡SORPRESA, SORPRESA!

El día que una mujer pueda no amar con su debilidad sino con su fuerza, no escapar de sí misma sino encontrarse, no humillarse sino afirmarse, ese día el amor será para ella, como para el hombre, fuente de vida y no un peligro mortal.

Simone de Beauvoir. *El segundo sexo*

AMATISTA

¡SORPRESA, SORPRESA!

Lo tuve que mandar a la mierda. Y aún me quedé corta, porque tantas palabras se agolparon en mi boca que me tuve que contentar con eso. Se le quedó una cara de bobo para desternillarse. El matiz espantado de sus ojos y esa boca abierta como un buzón de correos daba para reír durante horas. Pero yo no estaba precisamente para risitas. Le había preparado lo que pensé, sería una agradable sorpresa... y la que se la llevó, de verdad, fui yo.

No pude evitar echar un vistazo fugaz al dormitorio. Y me enfadé aún más. La calidez de las velas, los pétalos de rosa sobre la cama, la botella de champán en la cubitera... se me llevaban los demonios. Cogí las llaves y salí del piso tal como estaba, con un conjunto negro semitransparente. Corpiño, medias, liguero y braguitas de encaje. Y vestida así (o más bien desvestida) crucé el pasillo y entré en el ascensor. Mientras pulsaba el botón de la terraza sonreí para mis adentros pensando en la cara que hubiese puesto cualquiera de mis vecinos de haberme visto con esa guisa (aún llevaba la bata colgando del brazo).

Me debrucé sobre la barandilla de la terraza aspirando el aire fresco de la noche. El frío consiguió bajar unos grados la temperatura de mi mente. Sentí un escalofrío y me puse la bata mientras iba recuperando la calma y asimilando tan estrafalaria situación. Entonces lo vi salir del portal, al muy imbécil. Se subió las solapas de la chaqueta y metió las manos en los bolsillos antes de echar a andar mirando al pavimento como el que busca una pista que le desvele el camino de vuelta. De buena gana, de haber tenido una maceta a mano, se la hubiese arrojado a la cabeza. Porque, al final, la mala era yo. Y lo que más me jodía era no haberle cantado las cuarenta, que se fuese de rositas -probablemente sin entender el porqué de mi enfado-, sin comprender que lo que de verdad me había molestado era aquello que sé, subyace bajo esa actitud suya que él supondrá muy lógica y, desde luego, lo será. Lógica desde el prisma del machismo, o de lo que es igual: junto a la estupidez, entre los estereotipos más ajados, bajo la prepotencia y la tozudez, desde la estrechez de miras. Pero, ¿qué le iba a decir? ¿Le iba a soltar un discurso en ropa interior, con la sangre bulléndome no precisamente de deseo? ¿De qué hubiese servido? ¿Para enfadarme más,

para adentrarnos en una discusión a todas luces inútil -si él hubiese tenido valor para ello, que lo dudo- sobre eso que no es más que una tara atávica que aún se aferra a los genes de los hombres? No, debería haberle soltado un par de bofetadas, es lo que se merecía. Y lo hubiese hecho de no ser porque soy contraria a cualquier tipo de violencia, aunque haya circunstancias que requieran algo más que palabras, porque sabes que estas no van a servir de nada. Ahora estará dándose las de santito y ofendido -lo veo caminar encogido, como pesaroso, apretando el paso- probablemente convencido de que no ha hecho nada malo y que yo no soy más que... prefiero ni pensar en cómo me tildará en su mente. Por Dios, que estamos en el siglo XXI, en la era de la información. ¿Cómo pueden los hombres seguir tan ciegos? Y a mí qué me pasa... ¿Me persigue la mala suerte, es el precio que tengo que pagar por ser una disidente, una tráfuga? A veces pienso que me hubiese ido mejor con los hombres de haber continuado por esa línea marcada de antemano que parece estamos obligadas a seguir las mujeres. ¡Y una mierda! Soy mujer, sí, pero igual a los hombres ¡Sí, también en la sexualidad! ¡Y no me sale de... tener que ocultarlo! Han pasado muchos años desde que me revelé sobre ciertas actitudes que entonces no tildaba de machistas porque ni siquiera se hablaba de eso, porque resultaba casi imposible contextualizar esa palabra, dotarla de contenido. Pero en un momento dado, me supe encorsetada, delimitada por unas dañinas normas no escritas y decidí que, a toda costa, debía liberar mi pecho, poder respirar a pleno pulmón. Reconozco que esa primera experiencia con los hombres me marcó para siempre, me abrió los ojos... y desde entonces me he negado a cerrar los párpados

»Aquel, mi primer novio -teníamos los dos quince años- era ya un machista completito, bien formado. Solo que yo no lo sabía. Vamos, que ni me pasó esa idea por la mente. No puedo decir que fuese un maltratador ni un violento en sentido estricto -aunque eso tiene muchos matices- o no llegó a serlo porque yo no le dejé. Afortunadamente me di cuenta a tiempo, si no, a saber qué sería hoy de mí. Yo, por aquel entonces, era una pavisosa en todos los sentidos... justo lo que él necesitaba a su lado. Una tonta del bote con la que jugar a las

muñequitas. Pero entiendo, que en aquellos aún púberes años, mi inmadurez e idealismo no me dejaban ver nada más que lo que necesitaba ver.

Te sientes enamorada por primera vez y lo ves todo de color rosa. Te agrada que te llame a menudo para preguntarte cómo estás (y dónde estás y con quién), que te asesore sobre esas amistades que no te convienen, que te reconvenga porque salgas con tus amigas (cuando él está disfrutando de una francachela futbolística) porque no debes descuidar los estudios, que estés en casa dispuesta a salir cuando te llame -al terminar "sus cosas"- porque hay que aprovechar el tiempo para estar juntos. Y una piensa: cuánto me quiere, cuánto me mima. No se puede llegar a ser más gilipollas.

Yo no era una chica aficionada a pinturas y maquillajes. Tampoco me preocupaba demasiado del vestir. Eso sí, recatada un hartón, siempre tapada hasta el pescuezo. Pero aquel día observé en el espejo esa cara lavada, lo frugal de mi vestimenta y pensé que necesitaba un cambio de imagen. Un plus de aderezo que me hiciese sentirme más atractiva.

»Acudí a la cita -tras una sesión de varias horas con una amiga- pintada y maquillada, vistiendo una falda unos centímetros por encima de las rodillas y un top que me realzaba los pechos. Y de verdad, que me sentía atractiva, diferente, orgullosa de mi nuevo aspecto...

Solté un grito cuando me cogió del brazo y apretó con fuerza. Una puta. Me dijo que parecía una buscona y que no pensaba ir a ninguna parte con alguien así. Me quedé plantada en la acera viéndolo alejarse mientras las lágrimas corrían por mi rostro.

Llegué a casa y me abalancé hacia el espejo donde se reflejó la imagen de un rostro emborronado como una burda máscara de payaso. Antes de empezar a refregarme la cara con fuerza con la toalla me fijé en la línea rosa de mis labios, compungidos en un puchero pueril. ¿Si indudablemente mi rostro ganaba mucho con la pintura, por qué...?

»Hicimos las paces varios días después, tras pedirle perdón un millar de veces y prometerle que no lo haría más. Mi amiga, en cuanto lo supo, me puso de vuelta y media. Y de él prefiero ni referir lo que dijo. Pero la ignoré. Era el amor de mi vida y estaba dispuesta a hacer lo que fuese por complacerlo. Mi amiga me miró como si fuese una tarada. Y de inme-

diato se le descompuso el rostro cuando le dije que no era más que una envidiosa. Dejó de hablarme. No me importó. No fue la única amistad que perdí en aquella época. Pero lo tenía a él: Mi amor. Mi sueño, mi deseo, mi vida... (Sí, mi vida, que había dejado que él recluyese en una sórdida mazmorra para acabar comiendo de su mano y viendo por sus ojos).

»Me compré un hermoso vestido rojo para la fiesta de fin de curso. Me costó decidirme porque lo consideré demasiado llamativo. Pero es que no pude resistirme. Cuando me lo probé, me quedé horrorizada. Se ajustaba a mis formas como si estuviese confeccionado ex profeso para mí, pero el escote... algunos lo tacharían de insinuante, pero él... Y además, era excesivamente corto. Lo primero se podía arreglar. Llevaría un echarpe y me cubriría con él. Pero lo de las piernas... Si aquella vez me tachó de putón, como me presentase ante él así... Me senté en la cama con el vestido puesto pensando en ir a la tienda a cambiarlo. Me situé otra vez delante del espejo. Busqué los bajos para ver si podría usar el dobladillo para alargarlo unos centímetros. Entonces me fijé en el rostro atribulado que reflejaba el azogue. Y constaté con espanto esa cara de imbécil que me miraba luciendo unos ojos desorbitados. ¿De verdad estaba intentando alargar un vestido para ocultar unos pocos centímetros de pierna? ¿Debía avergonzarme porque el modelado de mis senos -entonces que podía lucirlos sin complejos- resaltase tanto? ¿Pero yo, de qué iba? ¿Y él?

»Salí hacia la tienda echando chispas, repasando mentalmente tantas frases dulcificadas como me había dicho en el año que llevábamos juntos. Resolví que no eran más que trampantojos, espejismos en los que yo veía una prueba de amor, pero que no eran más que exigencias de vasallaje, de sumisión. Me vi como la muñequita preferida de nuestros juegos que escondemos en un rincón del armario para que nadie la toque. Un objeto de nuestra devoción pero... UN OBJETO. Entré en la tienda con decisión, borbotando la furia en los ojos. Desde ese instante comencé a forjar en mi mente la imagen de una mujer distinta, alejada de complejos, una mujer orgullosa de su condición que jamás volviese a esconderse tras el tintado de ningún espejo. Cambié el vestido. Por supuesto que lo hice. Era la mejor manera de mandarlo a la mierda para siempre.

»Comencé a bajar las escaleras que daban al salón con premeditada morosidad. Mi hermano, que subía a cambiarse, se paró en seco mirándome como si no me reconociese. Incluso lanzó una exclamación como si hubiese visto un fantasma. Mi padre se quedó de piedra, con la copa a medio camino de los labios y los ojos abiertos como peroles. Solo en los ojos de mi madre detecté un brillo de admiración y complicidad. Conocía los problemas que tenía con mi novio y enseguida comprendió. Vino hacia mí y me abrazó diciéndome que estaba preciosa -obviando besarme para no estropearme el maquillaje-.

Me miré en el espejo de cuerpo entero de la entrada aún un tanto cohibida. Reconozco que aquella imagen me pareció la de una desconocida. Incluso sentí un arrebató de vergüenza. Había cambiado el vestido por uno igual pero mucho más corto. Y no, no intenté ocultar el escote, más bien lo realcé al ir sin sujetador -entonces me lo podía permitir-. Pasado ese primer momento de dudas salí de casa orgullosa, con los ánimos por las nubes.

Evidentemente, me quedé sin novio. Y un pimiento que me importó. Aún recuerdo la cara de tonto que se le quedó al verme, el rictus de incredulidad y fastidio que le corrugó el rostro cuando lo esquivé con todo descaro. No, no estaba dispuesta a escuchar ni una sola estupidez más... Aquella fue una noche maravillosa. Me di un hartón de bailar -los chicos revoloteaban a mi alrededor como polillas frente a un haz de luz-. Eso sí, atentamente vigilada por mi ex novio, de cuyos ojos surgían palpables rayos de indignación y furia. Menos mal que no creía en eso del mal de ojo.

Han pasado años desde aquello. Hoy soy una mujer independiente. Sin pareja estable. Aunque no es algo que me quite el sueño. Simplemente entiendo que no he tenido suerte en el juego del amor. Mis amigas dicen que con mi actitud espanto a los hombres. Que los asusto. Vale, que corran con viento fresco, les digo yo. No me da la real gana de tener que fingir lo que no soy. De aparentar qué... He pasado por suficientes experiencias en esta vida como para acabar convencida de que he tomado el camino correcto. El único posible. El de la sinceridad, el de la verdad, el de no tener que ocultar nada de lo que siento o deseo. Me

parece que tengo derecho a ser yo misma, sin que nadie intente cambiarme o amoldarme a su gusto y antojo. Yo tan solo he deseado desde siempre, tener a mi lado alguien que me quiera, pero considerándome una igual. Quiero ternura, cariño, dedicación y comprensión. Eso que las mujeres solemos dar a manos llenas y que a ellos tanto trabajito les cuesta prodigar. Entiendo, que una pareja es la conjunción de dos que deciden caminar juntos de la mano... pero uno al lado del otro, no el hombre unos pasos por delante, como ocurre en ciertas culturas. Y yo quiero eso, no cualquier otra fácil componenda. ¿Tanto pido?

Mi último novio -escritor por más señas- me pareció que reunía todas las virtudes que siempre he anhelado encontrar en un hombre. Desde el primer momento creí reconocerlo como una persona culta, imaginativa, de mente abierta. De los pocos hombres que he encontrado en mi vida que cuando te confiesas feminista no respingan o te ponen cara rara (los hombres apenas saben disimular) como si con esa palabra te estuvieses declarando enemiga acérrima de ellos o algo así. Resulta bastante evidente, que esas sílabas conllevan para "el otro sexo" muchas más acepciones negativas que positivas (si es que de esas últimas contienen alguna). Y no es eso. Feministas también deberían ser los hombres (sí, esos que suelen tener madre, novia, esposa, hermanas...) porque ser feminista no significa más que pretender una igualdad sin fisuras, intentar acabar con esa mentalidad anacrónica que aún revolettea a su antojo, ese encasillamiento que tenemos que sufrir día a día, estructurado en su mayor parte en micro machismos que individualmente considerados pueden parecer nimios, pero que al final, acaban formando una montaña difícil de escalar. Nada más lejos del feminismo (esa palabra que en ciertos entornos no goza precisamente de popularidad, amén de resultar incómoda, cuando no problemática) de la idea que tienen algunos que con ella pretendemos menospreciar a los hombres o bien considerarlos inferiores. De ser así, nos pondríamos al lado de los más curtidos machistas, seríamos tan despreciables como ellos. Porque es verdad que en ciertos ámbitos gozamos de cierta igualdad, pero en muchísimos otros no. Y estadísticamente, si recorriésemos a vista de pájaro un mapamundi, las cifras que manifestasen la igual serían bochornosamente ridículas.

Tres meses llevaba saliendo con el escritor. Cierto, que nos veíamos muy poco al estar embebido en una novela que tenía que entregar en breve a la editorial. Por eso, el día que me dijo que la había terminado y que se acabaron las restricciones horarias, quise festejarlo con algo especial. Hasta entonces, nuestra única actividad sexual había consistido en enredar nuestras lenguas y alguna que otra maniobra algo más gratificante. De manera, que pensé que nos merecíamos un buen desquite.

Ambos coincidíamos en considerar el erotismo como la parte más importante del sexo, por lo me permití engalanar el dormitorio para lo que esperaba debía ser una gran noche; y además, dispuse alguna que otra sorpresita de esas que a los hombres -a los de verdad, a los que entienden a las mujeres- les acrecienta la libido, y a nosotras nos permiten -mucho más sensitivas que ellos- disfrutar del encanto del momento y alcanzar esa cota de placer que la premura y la precipitación de las que a menudo suelen hacer gala, acaba a menudo por cercenar. Y él, en principio, quedó encantado, brillando en sus ojos un deje de expectación y deseo. El problema surgió, cuando ya avanzados los preliminares, abrí el cajón de la mesilla para coger un aceite para masajes. Por poco se le salen los ojos de las cuencas cuando descubrió mis juguetitos sexuales (para usar en pareja, y sí, también en solitario).

Y me miró. Me miró a los ojos. No me dijo que era un putón, ni que no pensaba salir con alguien así, pero no hizo falta. Leí en la expresión de su rostro esas palabras. Aquellas que en su día pronunció mi primer novio y que tanto daño me hicieron.

Ahora no puedo parar de reír. Aunque lo ocurrido no pueda ser más patético. Pero prefiero tomármelo a broma. Ortega y Gasset decía que los españoles no querían despertar los instintos sexuales de la mujer -de la propia- por miedo a abrirles los ojos en demasía en ese aspecto. Por eso no se prodigaban en la cama. Eso sí, con la *otra* (amante, prostituta, querida...), su comportamiento era bien distinto. Hoy se habla mucho de la desigualdad. Violencia de género, salarios, oportunidades... ¿Y el sexo? ¿Avergüenza, sigue siendo un tabú? A ellos todo se les permite, cuanto más promiscuos, más machos, y eso se ha convertido en un

axioma difícil de erradicar. Normal. Les gusta. Es un placer. Igual que el onanismo. ¿Para nosotras no debería existir? ¿Si nos masturbamos somos unas pervertidas? Y ellos qué, ¿poseen alguna dispensa especial?

Frida Kahlo y Simone de Beauvoir (por citar tan solo quizás las más representativas de una larga lista) desbrozaron cualquier límite impuesto a la libertad sexual, arrasaron fronteras manteniendo dos relaciones a la vez e incluso jugueteando con su mismo género... ¿Cómo pudieron arriesgarse a ser ellas mismas en aquellas patriarcales sociedades en las que las mujeres vivían aplastadas y encadenadas por los convencionalismos? Me horroriza pensar cómo las despellejarían, de cuántas maneras mancillarían sus nombres, cuántas buidas miradas tuvieron que soportar... me reconozco incapaz de tal valentía. De haber nacido en aquellos tiempos... quizás soy demasiado pusilánime y cobarde, porque desde luego, hay que tener valor para enfrentarse a esos machismos yihadistas y desorbitados.

De lo que no tengo duda alguna desde hace años, es que la vida de una mujer es como una carrera de obstáculos. Cuando no es una cosa, es otra... y aun siendo consciente de las cortapisas que rodean a mi género, no puedo evitar sentirme otra vez triste y decepcionada porque he perdido a alguien que pensé valioso, aunque no representase más que oropel. Y me duele. De todas formas, continúo y continuaré reafirmandome en la convicción de que tengo derecho a ser mujer en todos los ámbitos de la vida, a no tener que ir escondiendo trozos de mí por los rincones ni a justificarme ante nadie, menos aún por asumir mi sexualidad

Y me pregunto si alguna vez encontraré a ese hombre capaz de reflexionar sobre cómo somos las mujeres, el porqué de nuestra forma de ser y de sentir, alguien que piense alguna vez en tanto cómo se nos impone, en tantos condicionantes que arrastramos día a día. Porque es de suponer que los habrá, aunque sean raros especímenes. Afortunadamente, las nuevas generaciones parecen que van cambiando esa forma de pensar. Aunque aún no me lo creo demasiado.

Bueno... Mientras tanto, tengo mis juguetitos. No es lo mismo, pero ellos no piensan mal de mí. Eso seguro.